POTROS ENLAZADOS

GRACIELA SARALEGUI LEINDEKAR

POTROS ENLAZADOS

MONTEVIDEO
1949



Printed in Uruguay Impreso en el Uruguay

POTROS ENLAZADOS

ERAN mis potros locos que galopaban
en la selva de escarchas y de soles.
Eran mis potros locos, los que bebían
la savia de los árboles,
y ebrios de lunas y de madrugadas
se hundían en los brazos de río de mis montes.

Pero llegó una tarde, apagada en luceros,
y prendida en dolores,
que mil cuerdas de viento enlazaron mis potros,
doblegando sus cuellos de mimbres cimbreadores.
Nunca más han podido desatarse los nudos.
Los tiraron al suelo, como troncos partidos
en el medio del bosque.
Y se han quedado rígidos, torturados, sedientos,
con los ojos clavados para siempre en la noche.

2

(Para Alvaro Milburn Leindekar)

VENDABAL de silencios
anudaron tus manos
de caricias, nacidas
para seguir viviendo. . .
Y en tus ojos de río
varonil y profundo,
se abrieron como flores
cicatrices de cielo. . .

Para ti, las distancias
más lejanas y osadas
eran dedos de bronce
que apretaban tus nervios;
y una tarde cualquiera
con la vida en las manos,
emprendiste una marcha
que no tuvo regreso. . .
Jugaste en viento verde
tu derecho a la vida,
y tu propio juguete
traicionó tu secreto,
de saberte el seguro
vencedor de imposibles,
imposibles que nacen
y que mueren a un tiempo. . .
Matorrales de cantos,
que tu pelo enredaban,
hincados en el aire
lloran porque no has vuelto
y ven morir canciones
de sol, que en tus cabellos
trataban de besarse;
levantándose al viento. . .

Hay un espacio grande
que se quedó en tinieblas,
y que nunca en la vida
tendrá luces de nuevo. . .
Muchas veces soñabas
por alcanzar estrellas,
pero nunca pensaste
que serías un lucero. . .
Y hoy ocupas un sitio
que interrumpe la noche,
grande como mi pena,
y alto como tu cielo. . .
Tus pupilas de río
empapados de luna,
achicando distancias
con la brisa partieron,
a formar una estrella
que tuviera luz propia,
y que siempre alumbrara
los caminos inciertos. . .

No te ofrezco mi llanto
porque se que las lágrimas
son pequeños cristales
que hace trizas el viento.
Pero se que en tu estrella
guardarás para siempre
la ternura infinita
que se encuentra en los rezos,
el dolor de las almas
que te quieren de vuelta,
y la cierta esperanza
de tener un encuentro. . .

TE siento por doquiera que voy.
Me invades siempre, como invaden las luces cuando
el sol se derrama, aunque yo no lo quiera.
En noches apretadas contra entierros de sombras,
y en mañanas surgidas al quebrarse una nube
contra un suelo de piedra.
En las gotas de lluvia que resbalan con ansias de
mojar y estrellarse, incontenibles, ciegas;
corriéndose en farándulas de locuras redondas,
sin mirar en el sitio en que dejan su huella.

Te siento en el perfume de la tierra mojada,
besuqueada de plumas que no saben de nidos,
con el polvo amarillo de las flores de avena,
el constante crujido de los sapos que ríen
y en el humo en ceniza de fogatas de niebla.
Me tocas con las olas del mar cuando me miran,
con sus ojos marinos salpicados de arena,
y me mojas la boca con el aire salado
que el viento desparrama con un rumbo de estrellas
Y me buscas las manos, que te rechazan falsas,
y te llevo en el alma, y te siento en las venas,
como un correr de sangre que se corre asi misma,
enloquecida, ardiendo cumbres de vida plena.
Sólo tuya es la culpa de que gire sin forma;
sin un rumbo marcado, como las hojas secas;
con ese olor de otoño de labios amarillos,
y soles en las manos que apenas te calientan.
Me encerraste en un círculo sin fin y sin principio
y hoy los años me cruzan, dando vueltas y vueltas.

4

EL fuego intenso de la llama ardiendo,
abrió en mil grietas el silencio blanco
del aire, navegante sin destino,
en los mares profundos del espacio...
Sin embargo, no quema como el leño,
que se durmió en un fuego reposado;
traza figuras sin definir formas,
y se quiebra en luceros colorados,
que el viento desparrama haciendo chispas,
ligeras, como el eco del relámpago.

Yo quiero el fuego sordo de los leños sin llamas,
que no sabe de brazos estirados,
sin esa luz que grita desde lejos,
y que no ha conocido los cansancios.
Quiero ese fuego, que parece muerto,
y que nunca podrá ser apagado,
que no te quema si te le aproximas,
y te hace arder al cabo de los años.
Son dos fuegos distintos y distantes.
Tuve los dos a un tiempo, y me quedaron
del primero, el intenso, el de la llama,
cicatrices heladas como el llanto.
Mas el segundo, sin hacerme herida,
dejó un rubio calor entre mis labios.

5

CABALGATA de luceros interrumpieron el río,
en un galope redondo, sin final y sin principio. . .
Potros vestidos de blanco están abriendo caminos,
marcando a tajos la noche que se requiebra en gemidos. . .
Se hamacan lentas las horas, en un silencio de lirios,
y las huellas de los potros luceros, llenos de frío,
dibujan sombra en las aguas, y van naciendo suspiros. . .
Desbocada cabalgata que galopa sin sentido,
las aguas arden de fiebre, y sus cabellos tendidos
rezan canciones de insomnio y de quebrados destinos. . .
Locura blanca de potros mancha la quietud del río,
mientras en gajos, la luna, sueña temblores de abismo. . .

6

UN mar salado de lágrimas,
está cercando mi boca,
agria de morder mi pena,
mi pena cansada y sola . . .
Colgué del viento mis sueños,
El viento partió en su góndola.
Y hoy supe que ha naufragado
en un océano sin olas,
sereno como el dolor,
profundo como las horas . . .

La ausencia es muerte en la vida,
muerte que es triste, y que es honda,
y tu me has muerto hace tiempo,
y me enterraste en la sombra. . .
Yo te pido, resucítame.
Tú sin piedad, me abandonas.
El mar salado de lágrimas,
ya cerró toda mi boca.
Se va muriendo la tarde
apretada entre las rocas.
Del viento sólo ha quedado
la brisa sencilla y loca,
que se enreda entre los árboles
para besar a las hojas.
Luna y cielo están tejiendo
palidez en las gaviotas.
Y de mi, no queda nada
de lo de antes, y de ahora,
sólo ha quedado el sabor
de un mar de lágrimas rotas,
y lo amargo de mi pena,
mi pena cansada y sola. . .

7

TU serás mi hombre árbol,
y tus ramas de mimbres
quebrarán mi cintura,
doblegando el insomnio,
perenne de tus hojas, . . .
¡Y seré tu abanico
de plumas diferentes
para aliviar tu incendio! . . .

Se asombrará la gente,
que ha de mirar helada
pasar todo un invierno,
sin que se hayan aislado
tus hojas de mis dientes. . .
Y habrá risa en mi boca,
y verdor en tus ramas,
cuando al final, me incruste
¡para siempre en tus llamas!

8

HAY noches derramadas en tus ojos,
que quieren las auroras de los míos,
tus caricias de soles apagados
son estatuas de hielo entre mis nidos.
Tus dedos no derriten ya la nieve,
que ha matado el vaivén de mis postigos;
y la humedad de gruta de tus labios,
apenas humedecen a los míos.

Las noches derramadas en tus ojos,
han de morirse, sin trazar caminos;
y nunca podrán ver luz de cristales
estrellarse en un cielo de rocío.
Cuando la sombra se derrame toda,
el sol no ha de luchar contra el abismo;
y en tus pupilas se han clavado enteras
las noches con que ahogaste hasta mis ríos.

9

VENCI la furia de tu mar bravío
con mi pequeña balsa de ilusiones,
cresta de plumas que dobló tu brisa,
y que mi viento levantó en girones. . .
Tembló tu mástil de madera antigua
ante el encuentro de mi vela joven,
y en mi balsa de luz, hundí tus furias,
y mi agua dulce convertí en salobre,
y con ella regué toda tu boca
y una llaga de sal clavé en sus bordes. . .

Afronté mis pupilas a la lucha,
y frente a frente, con tus ojos noches
te gané la batalla toda entera,
porque en mis ojos, renacieron soles. . .
Tu perteneces a las horas tardes,
horas cansadas de versar amores,
tu luz de estrellas y de luna fría,
no alcanza a iluminar lo que rrecorre;
Yo en cambio vivo con las horas niñas,
llenas de impulsos y optimismo enorme,
y sólo tengo un sol, pero es tan fuerte,
que de quererlo quemaría tus noches. . .
Pudiste más que yo con tus palabras,
pero yo pude más que mis dolores.
Vencí la furia de tu mar bravío
con mi pequeña balsa de ilusiones,
y hoy ya tengo mi vela desplegada,
enfocando de nuevo un horizonte.

10

EN mi caballo de canela rubia,
manchando el aire con un vuelo de ancas,
los ojos con miradas sin regreso,
voy dibujando huellas por la playa . . .
Detrás la arena que olvidé me espera.
Adelante la arena que me llama.
A la derecha el mar teje en mi rostro
lanas de espuma con agujas de agua . . .
Arriba el cielo que me cubre toda,
y a la izquierda mi bosque de esperanzas . . .
Avanzo sin pensar que hay un regreso
a la línea que muere en mi mirada,
y al llegar a su fin, de nuevo trazo,
otra línea que agranda la distancia . . .
y al regresar, que es cuando todos lloran,
cierro los ojos, y no pienso en nada . . .

11

NUNCA podré quererte nuevamente
Inmensos agujeros de amargura profunda
me han pinchado los ojos con su sombra de espino,
Mis caricias son rocas que han perdido los besos
de las aguas, que braman de su eterno destino. . .
Yo sólo puedo darte lunas pálidas,
de labios rotos, y extraviados sinos;
y las pausas calladas de la arena sin forma,
que son los barcos de mi puerto niño. . .

Hay muerte en el silencio de mi angustia,
que enloquecida muerde mis caminos,
y en el hueco redondo de las horas,
se clavaron de pie, cruces de pinos.
Nunca podré quererte nuevamente . . .
Noche brillante que quedó sin brillo,
faroles apagados para siempre,
en tardes arañadas de gemidos . . .

12

ERA el mar un abismo de negrura,
con formas caprichosas y alargadas
Sucesión sin principio y sin fin de las olas,
que al llegar a la orilla se enguagaban con plata.
Era un cielo de sombras y de nieblas lejanas;
de nubes montañosas y estrellas apagadas.
Matorrales de miedo salpicaban la arena,
silenciosa de espera, con formas deformadas.
Era inmensa la noche y era chica la playa.
Caminando en la orilla, queriendo entrar del todo
en la mancha intangible de sombra, noche y agua,
con un miedo sereno que luchaba en mis ojos,
y el deseo infinito de taparme la cara.

Y avanzamos distantes de vivir en el mundo,
importándonos todo, sin importarnos nada,
y hasta llegó un momento que la noche, tan grande,
pudo encontrar sin esfuerzo al fondo de mi alma.
Al final nos volvimos por la orilla. Las olas
se siguieron besando con mil luces de plata.
En la arena había partes de débiles ternuras,
en las que nos hundíamos con temores y ansias.
Regresamos iguales; los tres juntos. La noche,
era una sombra inmensa, llena de luces raras.
El viento enredadera nos ataba los labios
y en gemidos de sales se apretaba en las aguas.
Nos fuímos para siempre de ese instante. La lluvia,
como alfileres pálidos me salpicó la cara.
Un extraño momento de tristeza angustiosa,
en un hondo suspiro me apretó la garganta.
Y me quedó en la ruda rigidez de las rocas,
la sensibilidad perenne de las aguas.

13

CANSANCIO gris que flotas,
en la cumbre más alta de mi espera,
donde lluvia de lágrimas lo mojan,
y donde hay soles rubios que lo secan.
Cansancio gris que se repliega en las olas
onduladas y etéreas,
con mucho de blancura en sus orillas
y algo negro y profundo en sus melenas,
que se doblan coquetas con mis cantos,
y con mi llanto triste, se despeinan. . .

Cansancio acumulado en una lucha,
de un brazo débil, y una fuerte pena. . .,
hay veces en que puede más el brazo,
pero al final lo vence la tristeza. . .
Y me duelen los ojos y los labios,
y mis manos que buscan y no encuentran,
y la voz que interroga a los silencios,
sin esperar jamás una respuesta. . .
Cansancio gris que flotas,
en la cumbre más alta de mi espera,
¿porqué, si estoy en tí, me martirizas?
¿porqué, si estás en mí, me desesperas?

14

SIN puñales ni alfileres
rasgué el silencio de un grito,
en que ataste mis pupilas
por sólo haberte querido.
Un rebaño de dolores
cruza el sendero amarillo,
y dirigiendo el rebaño,
en caballo sin relincho,
me voy camino sin rumbo,
rostro de luna y de frío.

Se va desangrando todo
el silencio, que mi grito
abrió con fuerza y locura.
Serenidades de lirios,
le ponen como algodones
las gaviotas con sus picos.
Pero no pueden, se acaba.
Palpitaciones de río
van agitándole el pecho
como si fueran martillos.
Y no se muere, que larga
la agonía que mi grito,
provocó sobre el silencio,
ese silencio rojizo
en que me ataste los ojos
por sólo haberte querido.

15

DESTROZADA la luz de mi mirada
contra un mundo de piedra,
con la quietud del pájaro que muere,
y el sin final del trueno en la tormenta,
me he quedado descalza de ilusiones,
sin más allá, sin aquí estoy, sin vuelta. . .
Ni espera ni recuerdo me adormecen
la no acabada siesta. . .

Un desvelo que atroz me va enredando
como lanas revueltas las ideas,
y el nudo que afirmándose se agranda,
sin principio y sin fin me desespera. . .
Se estrelló en mil pedazos mi mirada,
quedándome en tinieblas,
y hoy se bien, que sin ida y sin regreso,
giro en tus vientos, como las veletas,
con horizontes donde nunca hay brisas,
y donde siempre gimen las tormentas. . .

16

CUCHILLOS de nieve pálida
cortan a tajos mi espera,
y en huracanes de viento,
giran las hojas sin vuelta...
Temblor de flores que mueren
en una ojera de niebla ,
y alas de pájaros jóvenes
que se doblegan sin fuerzas...

Flores que nunca perfuman,
vuelos que nunca comienzan. . .
Pañuelo blanco de luna
se incrusta en noches de espera,
con la quietud de la roca,
y el sueño que hay en la estrella. . .
Y aquí estoy, buscando luces,
que hagan morir mi tiniebla. . .
Esperar sin esperanza,
collar que nunca se cierra,
nidos con pájaros muertos,
y hojas que giran sin vuelta. . .

17

EL eco de tu canción, se me enredó en la pollera
y empezó ha hacer remolinos en el hueco de mis trenzas,
tibio nido donde guardo esa canción pasajera . . .
Tu quizá nunca supiste, que sobre un corcel de hierbas,
con látigo de rocío, llegó tú canción a cuestas,
trotando en campos de nubes hechas de azules quimeras . . .
Y el eco fué acariciando con una dulce paciencia
mis cabellos que quedaron suaves como las estrellas
con temblor de campanillas y emociones de gacelas . . .

Canción que vino de lejos para enredarse en mis trenzas,
tibio nido donde guardo notas ardientes y tiernas,
que en una brisa romántica, montando corcel de hierba,
con látigo de rocío llegó una tarde cualquiera,
a engancharse entre los pliegues celestes de mi pollera,
y a dormirse en mis cabellos, prisión de doradas hebras,
con besos de soles tibios que disiparon la niebla
en que llegaron los ecos de tu canción pasajera...

18

SOBRE el potro de la noche
llegó la blanca amazona
con cien riendas de luceros,
y un tajo largo en la boca. .
Senda que te vas rodando
por la espalda de la loma,
estás rociada de luces
oscuras cama las horas
de la noche, senda clara,
te ves teñida de sombras. . .

Pedazos de árboles verdes
están quebrando sus copas
con un martillo de estrellas,
y un hacha de luna lóbrega . . .
Rosales de los caminos,
llegó el viento en su canoa,
y les arqueó la cintura
con sus dos manos ansiosas . . .
Sobre el potro de la noche
llegó la blanca amazona,
con cien riendas de luceros,
y un tajo largo en la boca . . .

19

MI garza de escarcha pálida
se está muriendo de frío;
sus alas, cortando vientos
gritan canciones sin brillo,
y su plumaje de nieve
ata a pedazos el río.
Su vuelo ha abierto en la tarde
cicatrices de jacintos,
y de su estrella sin vuelta,
van los silencios prendidos...

Garza que envuelves la brisa
en el girar de tu pico,
y vas juntando en tus plumas
la soledad del rocío,
dame tus vuelos de nieve,
que aquí no tengo caminos. . .
Siguió la garza su vuelo,
regando luz en gemidos,
y mis ojos se achicaron
de seguir su cuerpo fino
Atravesó el horizonte,
como si fuera un cuchillo
y se hudió contra la nube
más alta de lo infinito. . .

20

EN mis venas hay un río,
en mis brazos hay un bosque
y en mis nervios una tropa
de potrillos en galope.
Se ha despertado en el río
una cascada deforme
y se me acaban las fuerzas
por contener su desborde. . .

Los potros ciegos y locos
se han desgarrado en girones
y en llamas desesperadas
arde en locura mi monte.
Después que todo se acabe,
y se haga siempre la noche,
y en remolinos se mezclen
potros, cascadas y bosques,
Habrá llegado el momento
que cielo y tierra se doblen,
hasta encontrarse los labios,
y envuelto en pleno desorden,
morirse al fin, para siempre
en un torrente de ardores.

21

CAMINO de pena larga que se resbala en el bosque,
con un cansancio de espera que va enredando sus bordes;
todo gastado de lluvias, ardiente siempre de soles,
con huellas formando heridas, en las que siembran dolores...
Sino oscuro y silencioso de mi camino del bosque,
en donde tienen sus casas de noche los caracoles,
donde hay bichitos de luz que van prendiendo faroles,
y se comentan secretos, las hojas verdes del roble. . .

Impotencia del camino paralítico y deforme,
senda de la pena larga, que no ha sabido de amores,
que jamás movió sus brazos para llenarlos de flores,
y que siempre de rodillas, va custodiando los montes. . .
Sólo tu muerdes los labios hasta tragar tus dolores,
y haces caricias al viento cuando te envuelve en girones,
y nunca has gritado angustias de haber nacido en el bosque,
rodeado de tantos árboles, llenos de vida y de flores,
de tantos pájaros libres que te cercaron los bordes,
siempre quieto, sin quejarte de ese destino sin nombre,
bebiendo sol en el día y luna blanca en la noche.

22

CENTINELA del río que resguardas las aguas.
Vencedora de brisas que suspenden tus vuelos;
Campanilla de nieve que despiertas al aire,
barco de velas blancas que navegas en vientos
de vibrantes silbidos y continuos vaibenes,
con las olas de brújula y las rocas de puerto.

Luchadora constante de vuelos permanentes,
centinela del río que aprisiona sus besos;
tienes las palideces de los atardeceres,
y en tus alas la triste beatitud del silencio.
Llegas dando el aviso con quejidos agudos,
como estrellas fugaces escapadas del cielo;
y en femeninas bandas levantas la cabeza,
y reclinas coqueta el perfil de tu cuerpo.
Llevas el mar adentro de tus ojos marinos,
y en tu figura, tiembla la quietud del ensueño;
Y cuando al fin te alejas, casi furtivamente,
como un rodar de lágrimas enhebradas con viento,
hay suspiros que brotan de la boca del agua
y soledad de plumas que se trenzan en eco.

23

ENTRO sola en la noche,
sin temor de su inmensa negrura que me traga,
que devora mis ojos sumergidos en sombras,
y con su cuerpo negro me oscurece la cara.
Y entro siempre con fuerza que me dió la mañana;
matándome el cansancio que me invaden los nervios.
como un pájaro loco hamacando las ramas.

Y entro sola en la noche. Tengo en los ojos lunas
y cisnes que sin vuelos, hacen temblar sus alas;
y hay un viento escondido, que cubierto de estrellas,
sacude mis cabellos como cuerdas de un arpa;
arpa de pelo rubio que retuercen sus notas,
dos manos temblorosas de un viento hecho de plata.
Y vibro en el silencio de las líneas perdidas,
de los cuerpos difusos y las sombras que abrazan.
Pero avanzo segura de pisar en lo oscuro,
sin errar el camino que la noche me marca.

24

PUDE agarrar la tarde con las manos,
pero se fué escurriendo entre mis dedos. . .
La apreté solamente unos instantes,
para muy pronto divisarla lejos,
en la puerta fugaz del horizonte,
o en la risa plateada de un lucero. . .
Pude agarrar la tarde con mis manos,
y de ella sólo me quedó el recuerdo. . .
Llegó la noche sin que yo quisiera,
prendiendo estrellas y apagando ensueños. . .
Y se me fué la tarde de las manos. . .
Y hundida en una grieta de silencio,
hoy me pregunto, si podré algún día,
retener una tarde entre los dedos. . .

25

HE vuelto con mis campos y mis mares.
En ellos tengo todo: lo perdido y lo muerto;
lo que voy a nacer más adelante, y lo que estoy
[naciendo!
Que sólo montes verdes y olas grises
quedan haciendo círculo en mis nervios
Pero quizá, no sepan que mi vida,
no tiene un sitio libre en su silencio. . .

Regresé con los ojos amarillos
de espigas tiernas y de soles nuevos,
y con la mansedumbre de los lagos,
y la bravura de los mares cielos.
La vida se me agranda tan inmensa,
que giro en sus caminos sin regreso,
caminos que me llevan adelante,
hasta que al fin, encuentre un mundo nuevo!
Y he vuelto con mis campos y mis mares.
De los que tuve en mí, no me siguieron;
ni me apuré, ni quise que lo hicieran;
sólo exclamé: Me voy, pero no vuelvo!

26

BORRASTE sol en mis días,
hundiste luna en mis noches,
y quebraste como gajos
de sauces, mis horizontes.
Peldaños de mi amargura
trazan distancias enormes
que llevan hacia una cueva
hecha en el hueco deforme
de tu silencio prendido
de mi tristeza en girones...

Remolino agigantado
de imposibles soñadores,
fugaces, cual las gacelas
que en tus pupilas escondes.
En el hueco de mis manos
juntaré luz a montones,
y la tiraré a puñados
salpicando el horizonte
que ceñido a tu cintura
doblegaste a tus temores. . .
Columnas de luces blancas
serán la base en mi torre
altas como las estrellas
que harán la guardia en sus bordes;
Lejanas como las garzas
que abandonaron tus bosques,
e incansable a las miradas
de tus lunas y tus soles. . .

27

QUE venga pronto, que venga,
que venga pronto la noche,
que yo no puedo dormirme
mientras hay luces de bronce . . .
¡Que nazcan lunas corriéndose!
en farándulas deformes,
y que se claven sus picos
en un cielo hecho carbones. . . !

Que venga pronto, que venga,
que venga pronto la noche,
que se dilatan mis ojos,
de querer sombra sin soles. . .!
Y no se viene la terca,
se deslizan los dolores,
hechos puñados de luces
entre mis labios salobres.
En la vela de una barca
viento fabrican amores,
pero que largo el camino,
que hay de la barca a mis montes.
Hay un silencio que agobia
la claridad que se esconde.
Y voy cerrando los ojos,
para meterme en la noche
que al fin se vino matando
todas las luces de bronce!

28

HICE un puerto de hojas verdes
para tus barcos de ramas,
y las olas sin regreso
las fuí formando con lágrimas;
y tu, rechazas mis ríos
porque carecen de aguas,
y tienes miedo de ahogarte
en un mar de hojas cansadas.

Quisiera verte, marino
con una vela en el alma
con un timón en los ojos
clavar tus barcos de ramas
en este puerto que tengo
para guardarte las anclas.
Mas sé que al fin, una tarde
cuando ya no tengas nada,
y estén tus árboles solos,
con todo el rostro de escarcha,
te acercarás a este puerto,
hecho con hojas tempranas
que aun tendrán verdes las venas,
para inyectarte su savia.

29

MI niño se está muriendo
en la orillita del río...
La tarde se hundió en la sombra
y ahogó su risa el rocío,
y mi niño se me muere
en la orillita del río...
La brisa colgó en el viento
su canto lleno de frío,
y hecho con picos de estrellas
hay un lucero prendido
en los ojos afiebrados
y celestes de mi niño...

Achicharrada la tarde
se fué, dejando el camino,
y la boca de la noche
va apretando mi vestido. . .
Ya la madrugada asoma
con su traje de oro fino,
viene gateando despacio
por el cielo que dormido,
sueña con estrellas blancas
hechas con luz de rocío.
¡Y mi niño se me ha muerto
en la orillita del río!

30

ENTRE un poncho de silencio
llegó un matrero callado,
bordeando orillas de arroyo,
sobre un caballo tostado. . .
Guirnaldas hechas de huellas
en trenzas se desmayaron
y agua en nube de rocío,
se fué enredando en el pasto,
mientras la aurora inocente
llegó corriendo y cantando. . .

Con su poncho de silencio
siguió el matrero su paso,
cruzó el arroyo salvaje,
abrió al galope los campos,
y agitó el sueño del aire
con el vaivén de su látigo. . .
Por un monte va una niña
juntando flor de naranjo,
huele a tomillo y a albahaca,
tiene el cabello espigado,
en su cara se acurruca
la suavidad de un manzano,
y en sus distantes pupilas
se ven violetas soñando. . .
—Niña de mirar violeta,
¿cuál es el pueblo cercano?
¿De dónde vienes viajero,
en ese potro tostado?;
¿por qué tus ojos de sombras
tienen la luz del relámpago.
¡Quiero saber el camino:
¡dímelo niña, lo mando!
—Oyeme viajero errante,
este camino es muy largo. . .

¡Nunca he salido del valle,
cortando flor de naranjos!
¡Quieres llevarme en el anca
dorada de tu caballo?
Con sus dos manos de luto
puso a la niña en los brazos.
Con el poncho del silencio,
despacito la fué atando...
Matrero y niña siguieron
por aquel camino largo...
Llegó la noche descalza.
La luna en un desengaño
se puso gris de repente,
y las estrellas lloraron...
Por el camino de tierra
con tres guirnaldas de barro
y un poncho azul de silencio
pasó un matrero a caballo.
Al empezar el sendero
va una niña sollozando...
¡Por qué te fuieste viajero,
con mi cariño anudado...
¡En el valle no me dejan
cortar la flor del naranjo!...
¡Viajero que sin regreso
naces caminos quebrados!...

31

QUIERO el amor bravío, de la mar tormentosa,
amor que se defiende con sus uñas de espuma,
y hace trizas al aire que se vuelca en su boca.
¡Quiero el amor que lucha con salvaje fiereza!
y en turbios remolinos, traza nombres de sales
sobre el agua, que inquieta,
tiene celos de rocas y nostalgia de mares;
¡Quiero el amor que grita su locura imposible,
el amor marinero de tormenta constante,
que conoce el nevado gemir de los inviernos,
y el aliento de fuego que el verano reparte.

Aborrezco las calmas soledades serenas
y las alas de brisa, que en el arpa del viento,
siempre tocan lo mismo silencioso y distante,
sin variarle la forma ni cambiarle los tiempos.
Quiero el amor que lucha por vivir, con la muerte;
el amor que en temblores, prende nuevos luceros,
que levanta las olas cabelleras del agua,
y las tuerce en gemidos, y las hunde de nuevo;
Pero sé que es inútil, el amor de los mares
erizados de espuma, no entrarán en mis sueños;
a no ser que una noche, me haga mar para siempre,
y en mis olas cansadas, tenga idilios el viento.

32

VERDES sollozos de campo
cortaron todo el silencio
que había enredado a la tarde
en un abrazo de fuego...
Van apretando los montes
blancos relinchos de viento,
y en el arroyo, las aguas
hacen burbujas de besos...

En un mosaico de pájaros
se está acabando un concierto;
y de una lucha de nubes,
salió triunfante un lucero. . .
Sobre los aires dormidos,
dibujan alas los cuervos,
y con seis notas de muerte,
giran lechuzas sus cuellos.
Llegó el final de la tarde.
Cayó un telón desde el cielo.
Se manchó todo con noche.
¡Y están llorando los perros. . .!

33

MARINERO de labios salados
y dientes de espuma,
por que no te olvidas de barcos y mares
y te haces marino de campos y lunas...

No me dejes de nuevo en el puerto
que ya ni las olas
me prestan su ayuda,
y hamacando sus alas nevadas
se van las gaviotas
regando blancura...
Contra el muelle se quiebra una estrella
y mis ojos, borrachos de lluvia,
van perdiendo el perfil de la nave
que se aleja manchando la bruma...
Marinero de labios salados
y dientes de espuma,
que desprecias mis mares de espigas
y barcos de luna,
en el muelle te sigo esperando;
mas no tardes, que en noches oscuras,
tengo miedo al gemir de las olas
y a los vientos que muerden de furia...

En el muelle te sigo esperando,
con mi fe silenciosa y profunda,
mas no tardes, que tiemblo de frío,
y tu junco de virgen laguna,
se reclina sin fuerza en la brisa,
con la escarcha incrustada en la nuca. . .
¡Mi marino de labios salados
y dientes de espuma! . . .



I N D I C E

ÍNDICE

Talleres Gráficos «Agencia Londres» Juncal 1370